

Corrió, acompañado de algunos, a la azotea, para ver si por allí había penetrado el asesino; pero no encontró señal alguna que indicase el paso de ningún hombre y, además, el mastín que estaba vigilante, servía de apoyo a borrar toda sospecha.

Inquieto, y no sabiendo qué juicio formar, mandó que se registrase toda la casa, y envió, entretanto, a uno de los criados a dar parte a la justicia del triste acontecimiento, para que sin pérdida de tiempo, acudiese la autoridad y tomase razón de aquel horrendo asesinato.

CAPITULO XII

Un encuentro

Entretanto que los gritos de los criados, las palabras de don Félix y los ayes de Soledad, que acudió a las voces dadas por todos, llenan los ámbitos de aquella habitación, Núñez salía de la casa de su amigo Rafael, a donde había ido después de haber acompañado a Leopoldo a la suya, y de haber hecho huir a los que trataron de asesinar a éste último.

Desde que los infames raptos arrebataron a la hermosa Luz del lado de Rafael, Núñez y Leopoldo tenían la costumbre de visitarlo todas las noches, puesto que él, dominado por una invencible melancolía, desde la desaparición de su amada, se había encerrado en su cuarto, sin querer tratar con nadie más que con aquellos amigos que le hablaban a todas horas de la mujer que amaba.

En vano Núñez y Leopoldo habían tratado de hacerle desistir de su resolución, convidándole al campo, a los conciertos y al teatro.

Para él no había más placeres que la memoria de su hermosa Luz, y asistir a donde pudiera distraerse de aquel pensamiento, decía que era arrancarle de su mundo, de su grato dolor, de su agradable tristeza.

Era uno de esos jóvenes que, apartado del comercio de los que hacen ostentación de despreocupados y de calaveras, había conseguido conservar puras las máximas nobles de moral y de virtud, que son en el hombre lo que el aroma en las delicadas flores, que las hace apreciables y estimadas.

Era uno de esos jóvenes, cordial y alegre, sí, pero de un alma demasiado noble para traspasar los lindes pres-

critos por la moral y por los deberes que impone la fina sociedad al que desea ser bien recibido en su escogido círculo.

Jamás confundió la afabilidad con la familiaridad, ni la franqueza con la grosería.

Era jovial sin chocarrería; ligero a veces, pero sin superficialidad; instruido sin pedantería, y modesto sin afectación.

Le gustaba el trato de los jóvenes de su edad; pero cuando alguno se tomaba la libertad de hablar mal de las mujeres, salía en defensa de esa humilde mitad del género humano, manifestaba lo injusto que era el hombre en sus ataques, el respeto que se debía consagrar a ese hechicero sér, sujeto a nuestro capricho, lleno de virtudes, de cariño y de abnegación; hacía juiciosas comparaciones entre la vida libre del hombre, que la calumniaba, y la vida oscura, humilde, sujeta y recogida, de la que era blanco de sus tiros; y concluía por probar que la más mala de las mujeres, tomada la palabra en el sentido general, era más buena que el mejor de los hombres.

La desaparición de Luz no tuvo fuerzas para hacerle cambiar de opinión. Pudo influir, sí, en la mutación de su carácter, pero no de sus principios.

De jovial y alegre, se hizo triste y retirado; de franco y comunicativo, callado.

Al principio de la pérdida de la joven destinada a ser su esposa, había recorrido, en compañía ya de Leopoldo, o ya de Núñez, todas las calles de la ciudad, con la esperanza de encontrarla; pero cuando la luz de esa esperanza se extinguió entre los desengaños del tiempo, como se oculta al naufrago el salvador fanal, que le señala el puerto, entre las hinchadas olas que por todas partes le cercan, su espíritu desmayó del noble aliento que hasta entonces le había animado, y se dejó dominar por una voraz tristeza, que iba poco a poco consumiendo su vida.

Resuelto a no frecuentar la sociedad, sólo salía de su casa para cumplir con sus deberes religiosos y con los de su noble y humanitaria profesión de médico.

Aislado del trato de los hombres y encerrado en su dolor, la mayor parte del día la pasaba en transmitir a un cuaderno los tiernos sentimientos de su alma, expresados en bellas poesías, que luego las leía, derramando sobre ellas un torrente de lágrimas.

De la casa, pues, de este recomendable joven, salía Núñez y se dirigía a la suya, cuando al torcer la esquina de la

calle de Vanegas y Hospicio de San Nicolás, vió cruzar a paso veloz a un hombre embozado en su capa, que sin reparar en él, siguió su camino.

—¡Es él! —dijo Núñez para sí, siguiéndolo atentamente con la vista—. ¡Sí, no hay duda! Su modo de andar, su aire..., su estatura, y lo poco que le he podido ver del rostro... Sí, es el hombre de la barba larga..., el que falsificó las libranzas..., el que perdió al padre de mi amigo Leopoldo..., el que tiene en ignorada y estrecha prisión al desgraciado amante de Inés. ¡Ah!, esta vez no se escapará de mis manos...

Y Núñez echó a andar tras aquel hombre, que iba a paso acelerado.

Dominado por la noble idea de vindicar el honor de la familia de su fiel amigo, destruir el obstáculo que se oponía a su enlace, salvar al hombre que gemía en un encierro y purgar la tierra de un monstruo, se propuso no perder de vista al autor de tantos males.

Entretanto, el hombre de la barba larga continuaba su marcha por calles lúgubres y retiradas.

Núñez lo seguía a regular distancia para no ser visto y despertar sospechas.

El embozado cruzó la plazuela de la Santísima, siguió la calle del mismo nombre, torció luego a la izquierda, entrando a la de la Alegría, dejó a la izquierda la calle de los Pajaritos, pasó el puente de la Soledad, avanzó por la calle de igual denominación, dejando a la derecha el callejón de Lecheras y el del Limón y a la izquierda el del Puente de San Marcos y de la Santa Escuela; llegó frente a la iglesia de la Soledad de Santa Cruz, se dirigió por el Puente del Rosario, entró en la desierta, oscura y espaciosa plazuela de San Lázaro, que se halla al fin de la población, por la puerta que da al camino de Veracruz.

Núñez sintió muchas veces impulsos de atajarle el paso en aquel sitio, por donde no pasaba un alma; pero se contuvo otras tantas, creyendo que así podría descubrir algo importante: el sitio en que gemía el amante de Inés.

La plazuela estaba envuelta en densas tinieblas.

En su inmensa extensión no se descubría ni un farol que alumbrase el desigual y arenoso suelo que pisaba.

Grandes montones de basura, formando cerros, obstruían en varias partes el paso y aumentaban la oscuridad, imprimiendo un aspecto sombrío y pavoroso a aquel sitio, a todas horas lúgubre y triste.

El sombrío hospital de San Lázaro, de arquitectura sólida

pero sin elegancia, y respirando tristeza, se levantaba solitario a orilla del hediondo canal que lame sus antiguos cimientos; edificio que parece exhalar por los poros de sus rojas piedras, fétidos y mortíferos miasmas; separado del resto de la ciudad, como lo están los desgraciados individuos que gimen dentro de sus largas salas y en los asquerosos lechos en que descansan sus llagados cuerpos.

Sobre la cornisa de la azotea de este asilo de la caridad, y sobre la humilde y pequeña torre de su humilde iglesia, se veían multitud de hediondos zopilotes, sacudiendo de vez en cuando sus negras alas, y como atraídos por el mal olor que en aquel sitio se respira.

El hombre de la barba larga anduvo como sesenta varas de la plazuela, e inclinándose a la izquierda, se detuvo enfrente de una puerta sobre la cual se veía en letras grandes, pintadas de azul, este letrero: «Quinta».

Entre esta puerta y otra que estaba cubierta de un débil techo de tablas, perteneciente a un tendejón que en aquel momento estaba cerrado, se veía un poyo en el que algunos transeuntes suelen sentarse a tomar algún ligero alimento que han comprado en el expresado tendejón.

El misterioso hombre que nos ocupa, tocó a la puerta de la «Quinta» con recios golpes, y poco después se abrió aquélla, dejando ver un largo patio, con muchos cuartos de uno y otro lado, cada cual con su correspondiente número, y en el fondo, enramada y árboles que indicaban un campo de recreo.

Núñez, persuadido de que allí no podía vivir aquel hombre, sino que le conducían negocios secretos, se propuso esperarlo, y se sentó en el poyo de la tienda, resuelto a apoderarse de él cuando saliese, presentarlo a la justicia para que indagase el objeto que le había conducido a aquel sitio y salvar en seguida al desgraciado amante de Inés, a quien creyó que tendría encerrado en algún punto de aquella casa.

El embozado, entretanto, había atravesado el largo patio, lleno de miserables viviendas a uno y otro lado, y penetró en un terreno cubierto de árboles, hortaliza, algunas flores, arbustos y enramada.

Por en medio de este campo pasaba un arroyo, a cuyas orillas se encontraban colocadas con simetría anchas losas en que las lavanderas, que por aquel rumbo viven, suelen acudir a lavar la ropa.

Junto a estos lavaderos se descubría un espacio de terreno

B. N. V. V. U. A. N. E. I.
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 CATEDRA DE HISTORIA

cubierto de verde hierba, en que estaban clavadas un número considerable de largas estacas, provistas de cordeles, atados de una a otra parte, en que se colocaba la ropa lavada para secarla al sol.

El de la barba larga cruzó estos lavaderos; dejó a su derecha un estanque medio arruinado, donde en un tiempo se bañaban caballos, y llegó a una casita pequeña, pintada de blanco, que se levantaba en el ángulo izquierdo, al terminar la quienta.

Al verse allí, alzó los ojos y vió que había luz dentro de la pieza; subió una pequeña escalera que quedaba descubierta, y tocó a la puerta.

—¿Quién llama?—preguntó una voz de hombre desde adentro.

—Poderosa Themis—contestó el de la barba, como contestó en San Angel, la noche en que le siguió el mendigo.

No bien acabó de pronunciar aquellas palabras, cuando se oyeron pasos de alguno que se acercaba precipitadamente dentro de la habitación.

La puerta se abrió casi al mismo tiempo, y el misterioso personaje penetró en la pieza.

—¿Qué ocurre?—preguntó sobresaltado el que había abierto la puerta, y que era uno de los personajes que el lector tuvo ocasión de conocer en la casa que escaló Núñez en San Angel.

—¿Están ahí los demás compañeros?

—Sí, señor.

—¿Durmiendo?

—Sí, señor; como hemos de salir antes de rayar el alba, se han acostado, y yo solo me he quedado, esperando a usted para ver si tenía algo que disponer.

—Ya nada; sólo que no me ensillen el caballo.

—¿Cómo!

—Porque ya no salgo mañana.

—¿Se queda usted?

—Sí; me detiene un asunto de suma importancia.

—Está bien.

—Se marcharán ustedes solos, por ahora, y yo les iré a encontrar dentro de algunos días.

—¿Y qué debo hacer al llegar?

—Aquí tiene usted las instrucciones—dijo el de la barba larga entregándole un papel doblado—. Obre usted como en este escrito ordeno.

—Así lo haré.

—¿Y el preso Ricardo?

—Perfectamente asegurado en nuestro palacio subterráneo.

—¿Firme en su propósito de no acceder a mis proposiciones?

—Terco y testarudo como siempre.

—Está bien; él se amansará.

—¿Y qué conducta debo seguir con él?

—La misma que se ha observado hasta aquí. Veremos después lo que hacemos con él. Por ahora parta usted al rayar la aurora, y yo me presentaré allí dentro de pocos días.

—Está muy bien. Pero siéntese usted; estaba tomando el café, y si usted gusta tomarlo...

—Bien; tomaré una taza, y mientras le daré a usted algunas instrucciones que juzgo convenientes.

—Corriente.

Y ambos penetraron en una sala pequeña, con pavimento de madera, y se sentaron junto a una mesa de pino sin pintar, que había en medio.

Núñez, entretanto, esperaba inquieto en la solitaria plaza.

El deseo de apoderarse de aquel hombre le tenía inquieto, y los instantes que transcurrían se le hacían siglos.

De repente cruzó por su mente una idea que le sobresaltó sobremanera.

Pensó que aquel malvado podía salir acompañado de algunos compañeros y dejar burladas las esperanzas que había concebido.

Núñez tenía un valor a toda prueba; manejaba la espada, de que siempre iba provisto de noche, como era costumbre en México en aquella época, con admirable destreza; pero conocía que, intentar detener a muchos, sería hacer estéril sacrificio de su vida.

Esta idea le hizo levantarse del poyo que ocupaba y ponerse a pasear frente a la puerta en que esperaba, meditando en lo que debía hacer.

Casi no se arrepentía de no haberle atajado el paso antes de que hubiese entrado en la quinta.

Muchas veces pensó que lo más prudente sería dar parte al alcalde más inmediato, para que procediese a la aprehensión del criminal; pero otras tantas renunciaba a esta idea, temiendo se ausentase ínterin él se dirigía en busca de la autoridad.

Por otra parte, conocía que, permanecer allí solo era exponerse a que, si se presentaba acompañado y lo cono-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 U. A. N. L.

cían, lo asesinaran impunemente, puesto que ninguno transitaba por la lúgubre plazuela.

Núñez, pues, no sabía qué resolución tomar.

De repente oyó dentro del patio los pasos de alguno que se acercaba a la puerta.

Núñez no dudó que era el hombre que esperaba, y temiendo que saliese acompañado, se retiró a toda prisa del sitio que ocupaba, y se ocultó detrás de uno de los montes de basura que se encontraban intermedios entre la calle del Puente del Rosario y la que desemboca en la de los Siete Príncipes, únicas que podían tomar para dirigirse a la ciudad.

Casi al mismo tiempo que se colocaba en acecho, se abrió la puerta de la quinta y se dejó ver el hombre de la barba larga, solo.

El corazón de Núñez saltó de placer dentro del pecho.

Veía próximo el momento de apoderarse de aquel malvado, causa de la mancha que pesaba sobre la honra de su amigo Leopoldo y de las lágrimas de la protectora de la hermosa Clotilde.

Ni por un momento le asaltó el temor de que él podía acaso sucumbir a los golpes de la espada del que se proponía atacar.

Entre tanto, el de la barba larga avanzaba sin recelo, aunque llevando siempre desenvainada la espada debajo de la capa, por ser aquel sitio peligroso de noche.

La oscuridad era completa.

El silencio que reinaba por todas partes, sepulcral.

Sólo de vez en cuando se veía interrumpido por el fatídico aleteo de los negros zopilotes que guarnecían la larga y pavorosa azotea del miserable hospital de San Lázaro, y el pequeño campanario de la humilde iglesia.

De repente el embozado se detuvo.

Dirigiendo la vista hacia el monte de basura, a que estaba próximo, creyó ver la sombra de un hombre, y se desembozó para defenderse en caso de ser acometido.

Núñez, que advirtió aquel movimiento que le indicaba haber sido visto, no quiso esperar más tiempo, y salió a su encuentro, blandiendo su temible espada.

El de la barba, al ver el arma con que le acometían y a un hombre solo, conoció que no era un asesino que salía con intento de despojarle de lo que llevaba, sino algún enemigo personal que trataba de quitarle la vida en buena lid.

Sin embargo, pronto conoció que su enemigo no inten-

taba matarlo, pues no le tiraba estocadas peligrosas, sino acertados golpes, con objeto de desarmarlo.

Esta convicción le hizo recobrar toda su serenidad; y confiado en la intención que había traslucido en su acometedor, le dirigió furibundas y terribles estocadas, que Núñez las quitaba con una destreza y facilidad admirables.

Sin embargo, el hombre de la barba no era un enemigo despreciable.

Su brazo era vigoroso, y sus golpes diestros y al fondo.

Núñez sintió penetrar en su cuerpo la punta de la hoja de su contrario, y lanzó un quejido.

Había recibido una herida, y la sangre empezaba a correr por ella.

Su contrario, alentado por aquella ventaja, y creyendo ya seguro el triunfo, le acometió con más vigor.

Núñez, enardecido a su vez con el dolor de la herida, redobló sus golpes sobre su antagonista, quien, no pudiendo pararlos con la prontitud que eran dirigidos, empezó a perder terreno, acosado siempre de Núñez, cuya espada era un molinete que amenazaba a todas partes a la vez.

Batiéndose en retirada, marchaba el de la barba y sin poder hacer pie en ninguna parte, cuando sintió que saltaba el acero de su mano, yendo a caer a larga distancia de él.

Núñez le había desarmado.

Espantado y temiendo que le quitase la vida, trató de huir, pero tropezando con una enorme piedra que estaba detrás de él, cayó al suelo de espaldas, exhalando una imprecación.

Pero no solamente era de la espada de la que se vio despojado, sino que, al caer en tierra, se le desprendió de su rostro la larga barba que le cubría, y que hacía imponente su faz.

Núñez se lanzó entonces sobre él, y al asirle el cuello y fijar los ojos en su contrario, exclamó lleno de asombro:

—¡Duvall!

—¡El mendigo!—dijo a su vez el vencido, rechinando los dientes con furor.

—Sí; el miserable mendigo a quien negaste una limosna en el atrio de la iglesia de San Angel; el miserable mendigo con quien tropezaste la noche en que te dirigías a visitar a tus cómplices; el miserable mendigo que te siguió hasta la maldecida casa en que lo heriste; el miserable mendigo que se apoderó del manuscrito de la víctima que tienes en tu poder hace muchos años; el miserable men-

CAPITULO ALFONSO
 U. A. N. P. I.

digo que esta noche destruyó en la capilla tus proyectos de unión, y el que ahora está resuelto a entregarte al brazo de la justicia, revelando tus crímenes.

—¡Mis crímenes! ¿Y cuáles son esos?

—Tú lo sabes lo mismo que yo, y en el cuaderno, que es tu principal acusador, están formulados.

—¿En el cuaderno?

—Sí, en el cuaderno. Muy lejos estaba yo de pensar que el único héroe que figura en ese manuscrito, fuera el Duval que disputaba a mi amigo Leopoldo la mano de la virtuosa Clotilde. ¿Y sabes tú quién es ese miserable mendigo a quien negaste una limosna, le heriste y que ahora te tiene en su poder?

—¿Y qué me importa a mí saberlo?

—Más de lo que te parece, para atormentarte.

—Nada temo.

—Pues ese miserable mendigo es...

—Acabad y dejadme de una vez.

—Es el dependiente de la casa de don Manuel Turón, de Guadalajara, en donde cobraste las libranzas falsificadas, en nombre del señor Cabrera, padre de mi amigo Leopoldo.

—¿Qué oigo!

—Sí.

—¿Y qué me importa que lo seas? —exclamó Duval con desprecio, inspirado por una idea salvadora para él—. ¿Qué me importa que conozcas todos mis crímenes, si no tienes poder para perderme?

—La justicia, a la cual voy a entregarte yo mismo ahora, lo tendrá para purgar la tierra de un monstruo—dijo Núñez soltándole del cuello y dejándole que se pusiese en pie.

—¡La justicia! —dijo Duval con tono burlesco—. Te guardarás muy bien de conducirme ante ella.

—¿Por qué?

—Porque el día en que los que llamas mis cómplices supiesen que yo estaba en poder de los magistrados, en ese día perecería al golpe del puñal o del veneno el amante de Inés, de esa mujer a quien tanto aprecias y que dispensa singular protección a Leopoldo.

Núñez se puso blanco como un papel.

Concía toda la fuerza de aquella amenaza y tembló.

Creía a Duval capaz de los mayores crímenes, y no dudó de que realizaría su promesa si le ponía en manos de la justicia.

Sin embargo, conociendo que manifestar temor equivaldría a quedar desarmado ante aquel hombre criminal, trató de ocultar sus recelos, y revistiéndose de una calma y serenidad que estaba muy lejos de disfrutar, contestó con voz segura y fuerte:

—Pero los tribunales le obligarán a usted a que descubra el sitio en que se ocultan sus infames socios y a revelar sus nombres.

—Los tribunales tendrán poder para mandar que me quiten la vida, pero no para denunciar a mis compañeros, que vengarán mi sangre con la sangre de Ricardo: del padre de Clotilde.

—¿Cómo! ¿Cree usted que ese hombre sea...

—El padre de Clotilde... ¡El seductor de Inés...!

—Las pruebas.

—Cuenta usted los años que lleva de pertenecerme y la edad de esa joven, que es el vivo retrato de la bella Inés... Busque usted las causas de ese cariño, que la hermana de don Emilio profesa a Clotilde..., y usted convendrá en que indicios tan vehementes equivalen a pruebas irrecusables.

—¡Dios mío! Pero no, no puede ser... ¡Usted es un impostor! La virtud de Inés es pura y acrisolada.

—No tengo empeño en persuadir de lo contrario—dijo Duval con la mayor indiferencia.

Núñez se quedó pensativo, meditando sobre lo que acababa de oír.

¿Sería verdad lo que sus oídos habían escuchado?

La indiferencia y el aplomo de aquel malvado inducían a creerlo.

Núñez empezó a temer que Duval tuviese razón.

¿Tanto influye sobre nuestro ánimo la palabra, aun del más desconceptuado de los hombres, cuando se dirige a atacar la honra de la más justificada de las personas?

—¿Y qué me importa a mí —pensó interiormente— que sea cierto lo que dice Duval? Si Clotilde es, en efecto, hija de Inés, mayor motivo para procurar su dicha y salvar al hombre que gime en oscura prisión.

Duval, que leía en el silencio y la fisonomía de su interlocutor los pensamientos que ocupaban su mente, le dijo:

—Ya ve usted, pues, señor Núñez, que con delatarme no conseguiría usted otra cosa que la muerte de mi cautivo y cubrir de luto el corazón de tres personas que aprecia usted con toda su alma. Si usted me entrega a la justicia, ¿qué adelantaría con descubrir el sitio en que oculto a Ricardo? ¿Me salvaría, con decirlo, de la muerte? No;

luego si me habían de quitar la vida de todas maneras, que sea castigando al que es causa de mi sentencia.

—¿Es decir, que usted no teme presentarse al Eterno manchado con la sangre de nuevas e inocentes víctimas?

—Sólo sé que la venganza está antes que la eternidad.

—Pues bien; no trato de perder a usted; le dejo a usted en libertad y le prometo no hablar nada de lo que ha pasado, si me asegura usted, por su parte, dejar libre al desventurado amante de Inés, y renuncia usted para siempre a la posesión de la mano de la hermosa Clotilde.

—No soy yo quien debo recibir condiciones, sino quien debe imponérselas, y terminantes.

—¡Cómo!

—Sí; le juro a usted que si revela a nadie la menor cosa que pueda comprometerme, ese día dejará de existir Ricardo.

—¿Es decir, que me amenaza usted?

—No; no hago más que tomarme la libertad de hacerle una advertencia. Adiós, nada tengo que agregar a lo dicho; sois dueño de todos mis secretos, pero yo soy dueño de la vida del padre de Clotilde.

Y sin cuidarse de la ira que devoraba interiormente a Núñez se dirigió a levantar la espada que se hallaba a algunos pasos de él, la guardó en la vaina y se alejó hacia el centro de la ciudad, sin que su contrario osase detenerlo por temor de que realizase sus terribles amenazas.

—¡Oh! ¡El infierno protege a ese malvado! —exclamó Núñez vendándose una ligera herida que había recibido en el brazo—. Pero el cielo pondrá término a sus horribles crímenes.

Y Núñez quedó un instante quieto, asombrado del descubrimiento que acababa de hacer y pensando en la conducta que debía observar.

Le parecía imposible que no hubiese reconocido hasta entonces en Duval al hombre de la barba larga que falsificó las libranzas, haciendo caer un borrón de infamia sobre el padre de Leopoldo.

Cierto es que cuando se presentó a cobrarlas era casi al expirar la tarde; que Núñez sólo le señaló el sitio en que estaba el principal que debía pagarlas, y que la poca claridad que había en aquel instante en el almacén, apenas permitía examinar detenidamente las facciones.

Además, Duval era de escasa ceja, y cuando se disfrazaba con su larga barba, que era al oscurecer y en las

noches que andaba en alguna intriga, se pegaba unas cejas espesas y perfectas que hacían imposible reconocerlo.

Núñez, sin embargo, se acusaba de poco perspicaz, y disgustado y triste con el resultado que había tenido su empresa, se dirigió a su casa discurrendo el modo de vencer a aquel hombre sin comprometer la vida del amante de Inés.

BIBLIOTECA ALFONSIANA
 UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
 U. A. N. A.